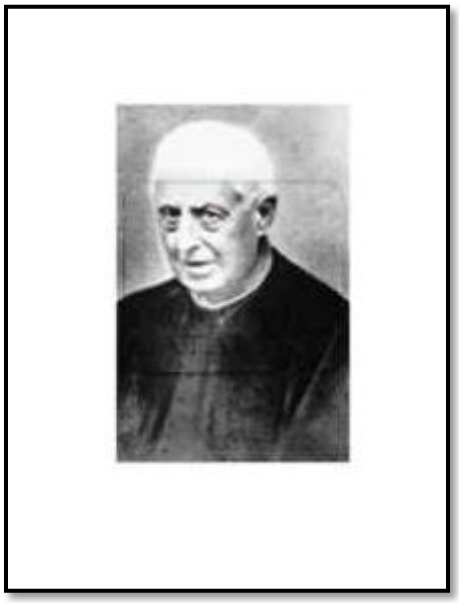
COSAS DEL DIA,
O SEA, RESPUESTAS CATOLICO-CATOLICAS
A ALGUNOS ESCRÚPULOS CATÓLICO-LIBERALES

P. Félix Sardá y Salvany



Opúsculo del P. Félix Sardá y Salvany, publicado en *"PROPAGANDA CATÓLICA"*, tomo II, páginas 412 y ss., Librería y Tipográfica Católica, año 1894, Barcelona.

STAT VERITAS
www.statveritas.com.ar

Introducción

No han dictado estas breves páginas, amigo lector, la pasión de partido, el odio personal, ni otra alguna de las miserias a que está de continuo expuesta la flaca humanidad. Te lo aseguro, amigo mío, bajo palabra de hombre honrado y de sacerdote cristiano. Antes y después de tomar la pluma he examinado mi corazón ante Dios, y mil veces hubiera hecho pedazos mi pobre escrito, si hubiese debido dedicarlo a defensa de meros intereses humanos. No soy hombre de partido, conoces mi lema constante: NADA, NI UN PENSAMIENTO PARA LA POLÍTICA; TODO, HASTA EL ÚLTIMO ALIENTO, PARA LA RELIGIÓN.

Léeme, pues, sin prevenciones, y después de la lectura resuélvete, con el auxilio de la divina gracia, según te dictare tu imparcial buen sentido.

Barcelona, víspera de San José, protector de la Iglesia católica, 1875.

I.

¿Y bien? ¿Qué mal hay en ser católico-liberal?

Hay sencillamente el mal gravísimo de profesar y defender una doctrina condenada por la Iglesia.

¿Te parece poco? Habló el Vicario de Cristo, y claramente y sin rodeos llamó al catolicismo liberal pérfido *enemigo*[1]*, verdadera calamidad actual*[2], p*acto entre la justicia y la iniquidad*[3]*, más peligroso y funesto que un enemigo declarado*[4]*, error insidioso y solapado*[5]*, veneno oculto*[6]*, peste perniciosísima*[7], etc., etc.[8]. Dime: después de esto ¿se puede lícitamente profesar un sistema de doctrina sobre el cual han recaído tan severas calificaciones? Si se te dijese que allá en tiempo en que seducía a las inteligencias el error de Arrio, de Nestorio o de Jansenio, hubo aún quien permanecía dudoso i perplejo después de haber oído llamar a cualquiera de estos errores con alguno de estos nombres que has oído aplicar al liberalismo católico, ¿qué pensarías de tales dudas? ¿Qué dirías de tal perplejidad? ¿Te parecerían propias de un buen hijo, de un hijo sumiso de la Iglesia? ¿Para qué sirve entonces la autoridad de la Iglesia si no logra decidirnos y convencernos cuando habla tan claro? ¿A qué llamarnos católicos? ¿En qué nos distinguimos del protestante o del librepensador? Desengáñate, amigo mío; ¿sabes lo que significa docilidad, sumisión, fe, cautiverio del entendimiento en obsequio de la verdad? Piénsalo bien, y recuerda que sólo con estas condiciones se es católico verdadero.

II.

Tenéis razón en parte; pero el Papa no habló
para todos los católico-liberales. No habló para nosotros.

He aquí, amigo mío, una evasiva de que ha echado mano en todos tiempos la herejía. Sin saberlo repites, amigo mío el distingo de Satanás en todos los siglos, lo cual acaba de poner en evidencia lo malo de la causa que defiendes. A bien que ni á los demás errores les ha valido esta artimaña, ni le valdrá al de hoy. Escúchame sobre esto, y juzga después por tu propio buen sentido.

Vamos á ver. Que el Papa ha condenado el liberalismo católico, o lo que es lo mismo, el catolicismo liberal, de eso no puede caberte duda alguna. Has leído y puedes releer a cualquier hora los repetidos documentos en que Su Santidad ha sido soberanamente explícito. Tu vacilación está ahora en si el Papa ha condenado únicamente un cierto catolicismo liberal, o en si ha condenado todo lo que en el mundo se conoce con esta palabra. A mí no me parece dudosa la respuesta, ni te lo parecería á ti á no tenerte cegado antiguas aficiones. Donde la ley no distingue, tampoco debemos nosotros distinguir. Esto dice un axioma jurídico, que

---

1 Breve a Segur con motivo de su libro *Hommage aux catholiques liberaux*.
2 Alocución al Obispo de Nevers.
3 Carta al Círculo de San Ambrosio de Milán.
4 Íbidem.
5 Breve a los Obispos de Bélgica.
6 Carta al Obispo de Quimper.
7 Breve a Monseñor Gaume.
8 Se hallarán todos estos documentos, así como la Constitución de Gregorio XVI, *Sollicitudo Ecclesiarum*, en el opúsculo *La secta católico-liberal*, traducción de un folleto de Segur, que se halla en la *Librería y Tipografía Católica* de Barcelona.

tiene aquí exacta aplicación. Si hubiese un catolicismo liberal que no puede admitirse en conciencia, y otro que en conciencia puede admitirse, ¿habría olvidado el Papa hacer esta absoluta e indispensable aclaración? Habiendo hablado, no una vez sola, sino una, dos y tres y ciento sobre igual materia, siempre con igual severidad, siempre con igual dureza, siempre con igual indignación (cosa extraña en el mansísimo Pío IX), ni una sola vez le ocurrió decir: «Mirad, hijos míos, que no me refiero á tales o cuales católicos liberales, que éstos están en firme terreno.» ¿No te parece éste un olvido singular e inexplicable? ¿Acaso ignora el Papa las distintas acepciones que en Europa se da a la palabra y a la cosa? ¿Tan poco enterado le supones de la marcha general de los acontecimientos y de las ideas, para creer que no sabe el Papa cuál es el catolicismo- liberal de Bélgica y cuál el de España en una época en que, aun prescindiendo de la asistencia especial del cielo, en que como católico debes creer, la facilidad de las comunicaciones ha hecho que sean conocidas en todos los rincones de Europa hasta las doctrinas más escondidas, por decirlo así, en el último rincón de ella? ¿O crees acaso que el Papa, de quien nadie que le conozca podrá sospechar falta de caridad, ha querido dejar expresamente envuelta en dudas y vaguedades una cuestión que trae inquietos todos los ánimos, y que ¡ay, demasiado cierto es! turba profundamente la paz moral y quizás la material de los pueblos? ¿Le crees tan criminal? O bien, ¿optas por creerle más ignorante que tú y yo, y menos, asistido por luces superiores? Decídete, porque ese estrechísimo dilema no tiene salida, como no digas y afirmes conmigo que el Papa en sus Breves ha condenado absolutamente todo lo que en Europa y en el mundo viene conocido en el campo de las doctrinas con el nombre genérico de catolicismo-liberal

III.

Pero ¿no ha distinguido la «Civilta Cattolica» la tesis y la hipótesis en la cuestión de que se trata?

Henos aquí de lleno en el fondo de una cuestión reciente que movió no poco ruido, y de la cual por fuerza o de grado nos hemos de ocupar aquí. Vamos a ver que ha dicho sobre esto la Civittá Cattolica. Preguntémoselo á ella mismo, que sin duda lo sabrá más que tú y yo.

Hagamos antes un poco de historia: En 1869, cuando los célebres Congresos de Malinas, objeto de tan apasionadas censuras y de tan apasionados alabanzas, escribió la Civittá Cattolica un artículo famoso, como todos los suyos, con el título: *Il Congresso Cattolíco di Malines e al libertá moderna*. (Serie V, vol. VIII, fasc, 326; 2 Octubre de 1863). En él se planteó por vez primera la distinción entre la tesis y la hipótesis en la cuestión del catolicismo liberal. No se distinguió entre dos clases de catolicismo liberal, como algunos suponen, sino que dando por absurdo el sistema, se expuso solamente en qué circunstancias deje de ser criminal su aceptación práctica por parte de los católicos. De modo que la tesis es la condenación absoluta de las falsas libertades modernas, y la hipótesis significa únicamente el caso excepcional en que, cediendo, por decirlo así, a fuerza mayor, se ven obligados los católicos a sujetarse a pesar suyo al yugo de estas esclavizadoras libertades. Y como no hay disputa alguna sobre la tesis, ciñámonos a la explicación de la *hipótesis* con palabras, tomados de la propia *Civittá*. Dice así (pág. 39):

«Si los pueblos son verdadera y universalmente cristianos, no pueden por lo mismo, tener libertad legal más que para la verdad y para el bien ; como quiera que la facultad de adherirse al mal y al error es defecto e imperfección que, lejos de deber ser protegidos, deben ser refrenados por la ley, si ésta es digna de tal nombre. (Hasta aquí la tesis). Pero, si suponéis, (aquí entra la hipótesis, voz griega, que significa suposición) a un pueblo reducido a tales condiciones que una gran parte de él y sus mismos gobernantes carecen del conocimiento seguro de la verdad y del concepto claro del bien; si suponéis, lo que seria peor, que en tal pueblo han llegado a tan mal estado las cosas, que al mal y al error se les mira con el respeto que sólo se debe a sus opuestos, en tal hipótesis es indudable que el propósito de proteger solamente el bien resultarla verdadera tiranía, no sabemos si posible de practicar, pero de todos modos difícil de sostenerse. Sería precisamente el caso opuesto al de la república que arriba hemos citado; vendría a ser como un Gobierno que no concediese libertad alguna, más que la de obedecer a sus caprichos. Reducidos a tan lamentables condiciones, es indudable que los católicos considerarían como insigne ventaja en su favor que el Gobierno concediese igual libertad a todos sin distinción de bien ni de mal, de verdad o de mentira, sin otra mira que la de que todos fuesen respetados en el ejercicio de sus derechos exteriores. ¿Y cómo no? En el caso. de que la libertad de prestar culto público a Dios fuese concedida a solos los herejes y judíos, y que la libertad de imprimir fuese exclusivamente concedida a la blasfemia, los católicos habrían de recibir como singular beneficio que sus templos fuesen ante la ley considerados de igual condición que los heréticos y que las sinagogas, y que les fuese

permitido imprimir La Imitación de Cristo, de Kempis, con igual libertad que la que sirvió a Ernesto Renán para ultrajar al Cristianismo con aquel tejido de sacrílegas necedades que llamó Vida de Jesús. La libertad para todos pasa ser en estos casos, una aspiración hipotética, pero legítima para los católicos; y la misma Iglesia, condenando la raíz de aquel desorden, y no reconociendo al mal y a la mentira derechos que eternamente le estarán vedados, consentiría en que se tolerase el ejercicio público de ellos como mal menor, o si más os place, se acogería a aquella tolerancia como un bien solamente relativo. Con esto los católicos no mostrarían tener dos pesos y dos medidas. Se hallarían en el caso de un legítimo propietario que, dueño de su dinero, no quiere cedérselo a otro; pero que no obstante en la hipótesis o suposición de que un ladrón se lo haya usurpado, recibiría como un favor poder recobrar una parte de él».

He aquí cómo habla la Civilitá Católica en el famoso artículo del cuál se te han dado pequeños retazos, lamentable yerro si fue cometido de buena fe, falsificación criminal si fue intencionada. Ya sabes ahora lo que es la hipótesis; el decir, una simple suposición. Dime ahora, ¿pueden presentarla en su abono los católico-líberales españoles? ¿Pueden decir que la necesidad les obliga a pedir esa libertad general para sustraerse con ella a la opresión de un poder que sólo con esta condición les tolera el ejercicio de sus legítimos derechos? Aquí donde, por la misericordia de Dios y protección visible de su purísima Madre en tantos años de horrible desquiciamiento no ha podido abrir brecha la herejía, ¿estamos los católicos en situación de necesitar que se dé libertad al mal a trueque de tenerla nosotros? Pero ¡hay una guerra civil que nos devora!, Precisamente esta guerra, como tú mismo, amigo mío, confiesas cada día, tiene por causa, no el poder del mal que reclame derechos, sino la conciencia católica herida en los suyos con los atropellos sin fin de estos últimos años. ¿Qué cuesta decir, pues: Seamos católicos puros, y entonces queda acabada la guerra? ¡Ah! Pero esto, me dirás, sería la negación radical de la Revolución, la intolerancia! ¡Te conozco, católico-liberal! No es, pues, la fuerza de la hipótesis la que te obliga a aceptar la tolerancia del error; es el deseo de complacer a la Revolución el que te ha metido a predicador dé un catolicismo a medias, a pesar de los anatemas del Papa.

IV.

De todos modos no puede negarse que hay un grupo reducido o numeroso de hombres de buena le, que sin dejar de ser firmes católicos y condenar todo lo que el Papa condena, son, no obstante, decididos liberales.

¿Quieres ver si soy generoso, amigo mío? Pues mira, hasta esto llegaré a concederte. Sí, demos que haya hombres, pocos o muchos, que con todo y ser liberales profesan horror a la libertad del mal, a la indiferencia religiosa del Estado, y proclaman con el Papa que la Religión verdadera es obligatoria para aquél así como para el individuo; en una palabra, que piensan y hablan en todo exactamente como el Papa y los católicos más purificados. ¿Quieres más?

Pues bien, una de dos: o tales hombres son católicos disfrazados de liberal, que sus razones tendrán para tomar este mal disfraz; o son liberales disfrazados de católicos, que es lo más probable. Me explicaré.

El hombre, por grave y sesudo que sea, tiene siempre algo de la frivolidad del niño y de la mujer. Y una de las frivolidades más comunes entre los hombres graves es enamorarse de ciertas palabras. Palabras son y nada más, pero el fin en ella idolatran, se casan con ellas, y no hay modo de que las suelten por todas las razones del mundo. ¿Qué vas á hacer? es una fragilidad como tantas otras. Tal sucede con la palabra liberal. Hombre hay que condenará del Liberalismo moderno todos los errores como se los vayas presentan, do uno por uno; sin embargo, cuando le pidas la condenación en complexo de todo el sistema, le veras rechinar de dientes, levantársete furioso, y decirte con el acento de la más invencible terquedad: «Pero, a pesar de todo, sí, señor, liberal he vivido siempre y liberal he de morir».

- Pero, señor, que V. condena en detalle cada una de los falsas libertades del Liberalismo.

- Nada, no quiero dejar de ser liberal.

- Pero, amigo mío, vea V. que si es absurda cada una de las partes, absurdo. debe de ser el todo, si no miente el axioma matemático de que el todo es igual á la suma de las partes.

- Lo dicho, no quiero se me moteje de reaccionario... Soy liberal.

- Mas, ¿no ve V. que de este modo profesa V. un Liberalismo particular, que nada tiene de común con el que se conoce en todo el mundo con esta palabra, un Liberalismo que no es Liberalismo, porque es pura y simplemente Catolicismo?

- Amigo mío, no se canse V... Neo no he de serlo por mas que V. se empeñe, Católico, sí, en todo hasta la última coma; condeno todo lo que el Papa condena, en el mismo sentido en que el Papa lo condena, todo, todo...

- Alto ahí, amigo mío, ¿lo condena V. todo, la idea, el sentido y hasta la palabra?

- La palabra, la palabra... ¿qué quiere V. decir?

- Más claro. .¿Podría V. hacerle a la Iglesia el sacrificio de dejar de llamarse liberal, así como le ha hecho el de dejar de creer en cada uno de los falsos dogmas del Liberalismo?

- Hombre, ¿y qué le importa a la Iglesia que yo me llame así o asa con tal que no me separe de su doctrina? ¡*Le nom ne fait rien á la chose*!

He aquí, querido lector, un hombre prendado, enamorado de una mera palabra, ciego con ella hasta el punto de permitir que por ella se haga sospechosa su fe. He aquí un católico que se cree fielmente tal, que seguramente lo es, empeñado, no obstante, en llamarse con un nombre que la Iglesia abomina y que ensalzan todos los enemigos de la Iglesia, empeñado en añadirle siempre a la palabra Catolicismo un adjetivo que nada significa si nada añade al concepto esencial de él, y que significa demasiado si algo por poco que sea le añade, porque el Catolicismo tal cual lo dejó Cristo de Dios no necesita de adiciones ni de modificaciones. Es Catolicismo y nada más.

Tenernos, pues, al grupo que me citas convicto y confeso de no servirse del Liberalismo más que corno de un disfraz

Tengo, sin embargo, mis razones para creer que muchos de ese grupo no son tanto católicos puros disfrazados de liberal, como puros liberales disfrazados de católico. Y estas razones en que me fundo te las diré, amigo mío, al oído, para que te sirvas de ellas en ocasión conveniente, siempre por supuesto sin faltar á la caridad, teniendo, empero, presente, aquel axioma de un célebre historiador, aplicable a nuestro caso: la única caridad permitida á la historia es la verdad.

Te digo, pues, que los tales católicos más que católicos me parecen puros liberales disfrazados a lo católico, y esto por las siguientes razones.

Lo que muestra mejor al hombre es su conducta práctica más aún que sus palabras. Éstas, como decía donosamente Talleyrand, sirven ordinariamente para ocultar el pensamiento; la conducta lo revela casi siempre aun a pesar de su dueño. No entiendo aquí por conducta tal o cual falta en que todos podemos caer; hablo de la conducta pública, general, de la conducta sistemática, de lo que mas bien que conducta podríamos llamar procedimiento practico. Pues bien. Los llamados católico-liberales suelen obrar de la siguiente manera, en España sobre todo, donde el espíritu público es en estas materias más susceptible y delicado. Nunca en su conversación, en su periódico, en su folleto aventuran frase alguna que esté en rigurosa contradicción con la doctrina de la Iglesia. De sus artículos de fondo no podrás sacar una proposición que pueda tildarse de heterodoxa en el sentido teológico de la palabra. Al revés, abundan allí las fervorosas declamaciones en favor de la fe, menudean, a cada paso las calurosas protestas de adhesión; se diría que necesitan repetirlas a cada paso para ser creídos. En efecto. Nadie más sospechoso de embuste que el que a todas horas anda gritando que nunca falta a la verdad. ¡Palabras! ¡Palabras! ¡Palabras! como dice no sé dónde el Hamlet de Shakspeare. Veamos los hechos, que suelen ser la interpretación más auténtica de las palabras.

Son amigos de la Iglesia. Y nunca hablan de sus enemigos sin veneración y respeto; el elocuente, el aventajado, el distinguido salen siempre de sus labios y se hallan siempre sus columnas aplicados a racionalistas descarados, que son apóstoles del error. En cambio, ¿con qué apodos no han motejado esos católicos al gran Veuillot, el primer controversista de nuestro siglo, el gigante de la polémica católica?

Ahora mismo, hace pocos días, un conocido periódico de Barcelona recomendaba una historia general de España próxima a publicarse con la colaboración de varios distinguidos escritores de Madrid. Algunos de estos distinguidos escritores (distinguidos. más que en letras, en impiedad) son conocidos de todo el mundo por su criterio decididamente racionalista y anticatólico. Un diario católico hubiera puesto sus salvedades a la recomendación, y basta para cumplir del todo con su deber hubiera advertido que la obra en general no podía salir buena desde el momento en que entrase o componerla un solo escritor de malas doctrinas, porque, *Bonnum ex integra causa*, y la historia no es ramo en el cual puedan dejar de reflejarse las creencias religiosas del que la escribe.

¿Crees que lo hizo así? ¡Ca! Lo citó, elogió y recomendó, cual si fuese aprobada por la Iglesia. ¿Qué quieres? ¡Rasgo católico-liberal!

No reconocen derechos al mal. Y en sus periódicos hay un lugar para el can-can, otro para los inmundos bufos, otro para la asquerosa exhibición de cuadros o de carnes al vivo, otro para la recomendación de una

subasta de bienes eclesiásticos, otro para levantar la palmeta contra los Obispos cuando protestan contra el reconocimiento del latrocinio de Italia, otro para censurar agriamente la creación de las sociedades y casinos católicos bendecidos por Pío IX, ¿recuerdas?.... es verdad que también hay siempre un lugar para las Cuarenta Horas y para el Santo del día. Vaya lo uno por lo otro.

Nada quieren con los enemigos de la Iglesia. Y sin embargo, siempre les verás en completa solidaridad de intereses con ellos. Bajo el común denominador *la gran familia liberal*, que es ya frase grafica admitida y consagrado por el uso, se Incluyen todos ellos a sí propios sin reparar en pelillos, así los que conservan todavía el consabido disfraz, como los que creyeron ya más ventajoso desprenderse de tales accesorios. Y para todo lo que sea poner en salvo los intereses de la susodicha gran familia les verás siempre unidos, imponiéndose unos a otros sacrificios y transacciones, dispuestos siempre a ceder en algo de su Catolicismo, con tal que permanezca íntegro y sin menoscabo su Liberalismo, mostrando así muy a las claras que si se llaman católico-liberales, dan mayor importancia siempre a la segunda parte que a la primera de su doble apellido. Este dato es precioso, y bien meditado se presta a luminosísimos puntos de vista.

Profesan en toda su pureza la fe. Y notarás que casi siempre en sus libros y periódicos la tratan y defienden como simples racionalistas. Fíjate en este otro dato, que tiene también mucha importancia. El procedimiento católico-liberal en la defensa del Catolicismo es casi siempre naturalista. Para los escritores de esta secta el mártir de los primeros siglo es principalmente una víctima de los derechos de la conciencia libre ante el despotismo pagano. Cristo mismo es, más que el redentor de los almas, el libertador de los pueblos. El fraile un incansable obrero de la civilización. La Hermana de San Vicente de Paúl un ángel de la humanidad. Es decir, son apologías las suyas impregnadas de Naturalismo, que lo mismo pueden salir de la boca de un turco si es hombre de buen corazón y de espíritu imparcial. Si el católico-liberal defiende la unidad católica, es casi siempre bajo el punto do vista de interés político, no por el derecho sagrado de la fe. No hacía menos el hereje Palmerstón, quien hubiera dado, decía, su mano derecha para alcanzará su patria el beneficio de tan preciosa unidad. Si ataca el matrimonio, civil, es únicamente atendiendo al desprestigio que con él se acarrea a la familia, no por ser, según la doctrina católica, mero concubinato. Sí procura salvar de la piqueta demoledora un templo. ha de ser no por respeto a la casa, de Dios, sino por consideraciones artísticas, de suerte que según esta lógica no merece compasión una iglesia si es de mal gusto su arquitectura, y en cambio la merecería el templo de Chipre, aunque en él se adorara á Venus. Si deplora la suerte de las monjas expulsadas, no es por el ultraje a una Institución religiosa, sino por la violación de unos derechos de asociación que toda ciudadana, inclusas las prostitutas, pueden alegar. *Et sic de cæteris*. ¡Cuántas obras de apología católica se han escrito bajo este pie, a las cuales la brillantez de las formas no quita lo falso, falsísimo del fondo! ¡Y cuántos autores, leídos y elogiados como católicos, son en su raíz verdaderos racionalistas, pues la raíz de donde arranca su argumentación no es el acto de fe católico, sino la humana apreciación filosófica! No negaré que esclarecidos autores se han valido de este ardid de tornar los principales argumentos del campo enemigo para atacarle desde sus propias posiciones. Sin embargo, en autores verdaderamente católicos nunca se hace esto sin grandes protestas y salvedades, proponiendo siempre en primera línea el argumento de fe, el argumento sobrenatural, y dejando en segunda línea o en última las razones de mera conveniencia humana. Así han obrado siempre los grandes controversistas católicos. ¿Por qué no los han imitado los escritores católico-liberales? ¿Por qué se nota tan frecuentemente en sus obras, quizás hasta contra la intención del autor, la ausencia de lo sobrenatural? ¿Sabes por qué? Porque el Liberalismo católico es en el fondo un simple Naturalismo.

He aquí los principales rasgos del procedimiento católico-liberal que deseo observes y estudies aun en aquellos libros, folletos o periódicos que hacen gala de no profesar ninguno de los errores doctrinales de aquella perniciosísima secta. Sucede con el Liberalismo lo que con el ateísmo. Tiene sus teóricos y sus prácticos. Ateo hay que nunca ha dicho ni escrito la frase *no hay Dios*. Y sin embargo, le niega y le declara cruel guerra en todos sus actos. Así hay católico-liberal que nunca ha profesado limpia y desnuda una proposición de las condenadas. Eso no obstante, cada uno de sus actos es la aplicación de las mismas doctrinas. Cuando después uno de los tales te diga: «Yo nunca sostuve la doctrina católico-liberal condenada por la Santa Sede», respóndele sin vacilar: «Tiene V. razón, mi don Fulano, y esto hace honor a su reconocida habilidad; en cambio, siempre la profesó en la práctica, lo cual pone en serio compromiso su buena fe y acendrado Catolicismo». Así, así, amigo mío, y hechos al canto.

V.

Mas ¿no os parece que si no hubiese un Catolicismo liberal de buen género, ni el Papa ni los Obispos reconocerían tan fácilmente los Gobiernos católico-

liberales? Cuidado si en todo anda la Iglesia con pies de plomo... y no obstante, nunca ha negado al Liberalismo católico este reconocimiento. ¿Qué diréis aquí?

¡Pobre amigo mío! Hablemos claros. «El Papa reconoce Gobiernos católico-liberales, luego es legítimo el sistema católico-libera». ¿Es o no es ésta tu argumentación? Pues ya verás lo que sale de ella.

Dirá un protestante: El Papa reconoce un Gobierno protestante como el de Prusia, luego es legítimo el Protestantismo.

Dirá un anglicano y un ruso: El Papa reconoce el Gobierno del emperador Alejandro y el de la reina Victoria, luego el Papa aprueba el cisma anglicano y el oriental.

Dirá hasta un turco: El Papa reconoce el Gobierno de la Puerta otomana, luego el Mahometismo es la verdadera fe.

¿Te ríes? Ríete, si, pero no de mis ejemplos, sino de la lógica de ciertos católico-liberales. Son el diablo estos señores para discurrir diabluras. Díganme por Dios; ¿trata o no trata el Romano Pontífice oficialmente con estos Gobiernos luteranos, cismáticos o musulmanes? ¿Les envía o no les envía sus Nuncios? ¿Les otorga o no les otorga hasta sus favores? Y los Obispos católicos de estas naciones heréticas o paganas ¿juran o no juran fidelidad a sus respectivos Gobiernos? Y los simples fieles que viven en tales países, ¿prestan o no prestan a sus gobernantes la fidelidad y obediencia civil que todo súbdito por la ley de Dios debe a su legítimo Gobierno?

Sí, mil veces, si; los reconoce el Papa, les juran respeto los Obispos, les prestan obediencia y fidelidad los católicos todos, y sin embargo, ¿quién osará decir que el Papa, los Obispos o los fieles aprueben y dejen de condenar los errores religiosos de dichos sus gobernantes? ¿Quién caerá en eI despropósito de decir que en Prusia nuestros Obispos son católico-luteranos porque prestan vasallaje a un Emperador luterano, o que en Inglaterra son católico-cismáticos porque obedecen a una Reina Anglicana, o que en Turquía son católico-turcos porque son fieles a un Sultán que profesa la ley de Mahoma? ¿Y en las naciones católicas se dirá que el Papa es católico-liberal, que los Obispos son católico-liberales, que los fieles debemos serlo todos sin excepción, sólo porque son liberales nuestros gobernantes? El Papa reconoce Gobiernos liberales, sí, es verdad, pero no por ser liberales, sino a pesar de serlo, como reconoce a los turcos y herejes, no por ser herejes y turcos, sino a pesar de esta lamentable diferencia de culto. Esto por lo que toca al reconocimiento de Gobiernos y tocante a sus doctrinas; pues en cuanto a su legitimidad es aún más categórica la respuesta. La Iglesia considera como Gobiernos constituidos a todos los que de hecho gobiernan, sin meterse en más averiguaciones. Así lo tiene establecido desde remotísimos tiempos, y claramente lo expresa la Constitución de Gregorio XVI *Sollicitudo Ecclesiarum*, que puedes leer a todas horas. Esto le basta a la Iglesia para su fin supremo, que es el bien espiritual de los fieles, no hacerse definidora de derechos humanos dudosos o disputables.

Recoge de paso aquí otro rasgo católico-liberal de pura raza, y es el empeñó de traer y llevar a todas horas el nombre del Papa y de los Obispos en todo lo que se refiere a sus mundanales intereses. ¿Hacen el mismo caso de su autoridad cuando tan clara y resueltamente condena el Catolicismo liberal?

VI.

¿Y esta cuestión no se roza poco o mucho con la tan vidriosa y delicada de las formas de Gobierno?

Ni poco ni, mucho, amigo mío; distan tanto la una de la otra como el cielo de la tierra, lo divino de lo humano, lo eterno de lo transitorio, lo esencial de lo accidental, la siempre Santa Religión de la casi siempre *non sancta* política.

¿Te quedas pasmado, no es verdad? ¿Dudas de mi buena fe? Ten paciencia para escucharme un poco, y acabarás por darme la razón.

Las formas políticas son simple cuestión de criterio humano, sobre la cual nada ha definido ni condenado la Iglesia. No es mejor la monarquía que la república, ni el sistema puro que el sistema mixto.

Tienen las formas todas, como todo lo humano, sus inconvenientes y sus ventajas; ventajas e inconvenientes que tampoco pueden determinarse en absoluto, sino que deben examinarse teniendo en cuenta los hábitos, historia, tradiciones, temperamento, preocupaciones y aun geografía del país a que se deben aplicar. Ni monarquía quiere decir por sí solo una cosa sagrada, ni república significa ya *a priori* un sistema infernal. República es la del Ecuador, y vive allí la Iglesia como en sus mejores tiempos. Monarquía es la de Prusia, y allí se nos azota más aún que en España en tiempos de la federal. Repúblicas y monarquías son

buenos siendo católicas, es decir, no inspirándose su legislación en otro criterio que en el de la doctrina católica, no atentando en nada a los derechos del Catolicismo, favoreciendo en todo su legitima influencia, negando todo derecho al error y al mal, y no escatimando ninguno a la verdad y al bien, etc., etc. Donde se legisle católicamente y se obre católicamente lo mismo da que el jefe del Estado se llame Rey o Presidente, Emperador o Dux, Triunvirato o Gobierno provisional, que legisle con Cámara única o con dos Cámaras, o sin ningún Cuerpo colegislativo. Como tal Gobierno monárquico, aristocrático o democrático legisle y obre en todo según la ley de Dios y principios de su Iglesia, católico es y digno de toda confianza. La mayor o menor intervención del pueblo en la confección de las leyes, en la votación de los presupuestos, en el reparto de los tributos, en la distribución de gracias y empleos, nada significa con relación al dogma y a los preceptos de la Iglesia, y hora fuera ya de que nuestros enemigos no hiciesen de tales majaderías el e tema principal de sus acusaciones contra nosotros. Esto es lo absoluto, lo eterno, lo esencial. Ahora, que a tal o cual nación le convenga, en virtud de sus circunstancias peculiares, forma más o menos lata, esto es, mayor o menor intervención popular en la gestión de los públicos negocios, cuestión es ésta de pura apreciación humana, en la cual cuando tratamos solamente de doctrinas religiosas, no debemos, ni podemos, ni queremos entrar. Para ella el periódico político, político-religioso, que es su propio y verdadero terreno.

VII.

¡Victoria! Sois liberal como yo mismo. ¿Qué otra cosa queremos los liberales de todos los países, sino la mayor libertad política dentro e tas formas de Gobierno más latas y populares que sea posible? ¡Victoria! repito. Al fin sois vos quien se viene a mi campo con armas y bagajes.

No, amigo mío, no, y duéleme mucho tener que arrancarte tan hermosa ilusión. Precisamente andaba yo aguardando rato ha esta réplica tuya, para con ocasión de ella dar la debida explanación a la materia. Conoces muy poco la grandeza del problema que trae preocupado al mundo y que le divide en dos campos opuestos, el católico y el liberal,. si crees que la cuestión es solamente de mayor o menor latitud en las formas políticas. Es cuestión de principios, no de formas; de Religión, no de partidos. Lo prueba su misma universalidad, y el debatirse con igual ardor así en repúblicas como en monarquías, así en América como en Europa, con la singularidad de que sólo en los países no cristianos es desconocida.

Tratase únicamente de resolver en este duelo a muerte si la sociedad civil ha de regirse por la ley de Dios y con entera sujeción a las enseñanzas de la Iglesia, o si la tal sociedad civil es libre de todo punto en lo que se refiere a derecho público, sin obligación de tener en cuenta para nada dicha ley de Dios y dichas enseñanzas de la Iglesia. Los que decimos que los Estados (repúblicas o monarquías, y éstas puras o mixtas) deben legislar y portarse en todo conforme a la doctrina católica, y que obran injustamente y erradamente cuando se apartan un solo ápice de ella, somos católicos puros, y entre éstos los hay de todos los partidos políticos. Los qué pretenden que la verdad revelada y las leyes de la Iglesia no obligan al Estado, sino solamente a los individuos, y añaden que por lo mismo el Estado debe legislar sin otro criterio que el de su propia soberanía, esto es, con el criterio del sufragio popular en los Gobiernos populares, con el de la mayoría parlamentaria en los mixtos, o con el de la voluntad personal en los absolutos, de suerte que lo que por cualquiera de esos procedimientos decrete el Estado aquello es ley, aquello es justicia, aquello. es razón, éstos, son los liberales. Sus dogmas fundamentales son, en los Gobiernos populares la Infalibilidad popular, en los mixtos la infalibilidad parlamentarla, en los absolutos la infalibilidad cesárea o real. Y digo *infalibilidad*, porque ésta es la propia palabra. En efecto, si la ley no se reputa infalible, deja de ser ley. Por donde en los Gobiernos liberales o de derecho humano, no pudiendo deducir el legislador la infalibilidad de sus leyes del hecho de estar acordes con la ley de Dios, debe deducirla únicamente del hecho de hallarse acordes con su razón propia, o con la razón de las masas, o con la razón de la mayoría, únicos criterios a que se atiene. De ahí resulta siempre la deificación completa la razón humana, o lo que es lo mismo el Estado-dios, el *divus imperator* del Paganismo, o el poder soberano de hoy, es decir, en resumen: la exclusión completa de la ley de Dios de los negocios públicos, el entronizamiento supremo del criterio racionalista en los mismos, y por consecuencia de todo el supremo despotismo en el que mando, porque no tiene regla superior a sí que le limite, y la suprema abyección en el que obedece, porque no tiene contra la arbitrariedad del primero garantía alguna que le ampare como no sea la rebelión. En menos palabras; resulta de ahí, la negación social de Jesucristo, y el reinado social de la razón pura. Más breve aún: el Naturalismo en política. Más claro todavía. El ateismo oficial.

Ahora bien, muchos que de buena fe defendéis las llamadas libertades políticas, que en sí son cosa plausible o cuando menos indiferente, no echáis de ver que juntamente con ellas defendéis el Racionalismo político, el Naturalismo público, el ateísmo oficial que envuelto en ellas os da la Revolución. Ahí está, amigo mío, la trampa de Satanás. Te dice: ¡Libertad de discusión! Pregúntale secamente: ¿Sobre qué? ¿Sobre lo discutible? Si es así, estamos corrientes, ¡viva la discusión! ¿Sobre lo indiscutible? ¿Sobre aquello de que ya ha fallado en primera y última instancia la Iglesia? ¿Sobre esto quieres discutir? La discusión entonces no es sino una. forma embozada de la soberanía de la razón, y esto es anticatólico. Te añade: ¡Omnipotencia parlamentaria! ¡Bien! ¿hasta qué punto? ¿Hasta dónde dice basta la ley de Dios y de su Iglesia? Hasta aquí estamos conformes. ¿Hasta un poco más allá, en todo, menos en lo que sea hacer de un hombre una mujer, como dicen los tratadistas ingleses? Malo, malo; tal omnipotencia es anticatólica, y no. es más que una forma hipócrita de la independencia del *yo*.

Por ahí comprenderás la razón del cariño que la Revolución profesa a las formas libres o democráticas, y el por qué se hacen por lo común de tan mal tragar a los católicos de todo el mundo. No son malas, ni están condenadas, pero son las que más se prestan al escamoteo racionalista. En ellas se admite la excelencia de la discusión, sin dejar antes sentado que hay muchas cosas indiscutibles y que *a priori* deben darse ya por resueltas. En ellas se pondera el respeto que se debe a lo resuelto por las mayorías, y se declara justo y legal todo lo votado por ellas, sin reparar que una ley votada por la mayoría debe ser ajustada a la ley de Dios, ni más ni menos que una ley dictada por un monarca absoluto. Esta es la verdad.

Ahora bien, ponte delante de la Revolución, y proclama la mayor latitud posible en las formas de Gobierno, pero añade estas imprescindibles salvedades, ya veras como el Liberalismo no te reconoce por liberal, ya verás como te llama por todas partes neo y reaccionario disfrazado. Repara una observación. En las repúblicas americanas, donde todos admiten la forma democrática y republicana, todos por ende debieran ser llamados liberales según tu modo de juzgar. Pues no señor, hasta allí en donde las formas admitidas por todos son tan libres, hay también su partido liberal opuesto al partido católico: en tanto es cierto que el Liberalismo no es cuestión de formas políticas más que *per accidens*, como diría un escolástico: *per se* es cuestión de principios religiosos, es decir, de gobernar con dependencia o con independencia de la ley de Dios y de su Iglesia.

He aquí limpia y clara la vidriosísirna cuestión de las formas de Gobierno. Tras las formas, amigo mío, anda el diablo con los principios, y ahí está el *quid*, te lo repito. Haz la prueba. Diles: «Quiero formas libres, pero con la prensa bajo la censura religiosa. con el derecho de asociación limitado por la Iglesia, con el derecho de discusión reducido a lo humano. - ¡Ca! te dirán. Esto no es Liberalismo, esto es teocracia embozada y nada más». Pues ya ves, amigo mío; sigue ahora pavoneándote con el dictado de liberal.

VIII.

¿Por qué no? Entendiéndolo como lo entiendo yo, y con las salvedades que acabáis de decir, ¿tiene inconveniente su uso?

¡Válgame Dios con la palabrita! Andas, amigo, realmente: enamorado de ella, y tráete ciego el amor como a todos los enamorados. ¿Qué inconvenientes tiene su uso? Tantos tiene para mí, que en él llego yo á ver hasta materia de pecado. No te asustes, sino escúchame con paciencia. Vas a entenderme pronto.

Es indudable que la palabra *Liberalismo* y aun la otra *Liberalismo católico* tienen en Europa en el presente siglo significación de cosa sospechosa, y que no concuerda del todo con el verdadero Catolicismo. No me dirás que planteo el problema en términos exagerados. Efectivamente. Me has de conceder que en la acepción ordinaria de la palabra, *Liberalismo* y *Liberalismo católico* son cosas reprobadas por Pío IX. Prescindamos por ahora de los pocos o muchos que pretenden poder continuar profesando un cierto *Liberalismo* qué en el fondo no lo es. Pero lo cierto es que la corriente liberal en Europa y América, en el año 1875 en que escribimos, es anticatólica y racionalista. Pasa revista al mundo. Mira qué significa partido liberal en Bélgica, en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en Holanda, en Austria, en Italia, en las repúblicas Hispano-Americanas y en las nueve décimas partes de la prensa española. Pregunta á todos qué significa, en el idioma común, criterio liberal, opinión liberal, corriente liberal, atmósfera liberal, etc., y mira si de los hombres que se dedican a estudios políticos y sociales en Europa y América los noventa y nueve por ciento no entienden por Liberalismo el puro y crudo Racionalismo aplicado a la ciencia social. Ahora bien. Por más que tú y unas cuantas docenas más de caballeros particulares os empeñéis en dar un sentido de cosa indiferente a lo que la corriente general ha sellado ya con el sello de cosa anticatólica, es lo cierto que *el uso, árbitro y norma*

suprema en materia de lenguaje, sigue teniendo el Liberalismo como bandera contra el Catolicismo. Por consiguiente, aunque con mil distingos y salvedades y sutilezas logres formarte para ti solo un Liberalismo que nada tenga de contrario a la fe, en lo opinión de los más desde que te llames liberal pertenecerás como todos a la gran familia del Liberalismo europeo tal corno todos lo entienden: tu periódico, si lo tienes y lo llamas liberal, será en la común creencia un soldado mas entre los que bajo esta divisa combaten de frente por el flanco a la Iglesia católica. En vano será que te excuses alguna que otra vez. Estas excusas y explicaciones no las puedes dar todos los días, que fuera cosa asaz pesada; en cambio la palabra *liberal* has de usarla en cada párrafo. Serás, pues, en la común creencia nada más que un soldado como tantos otros que militan bajo esta divisa, y por mas que en tus adentros seas tan católico como el Papa (como se jactan algunos liberales), lo cierto es que en el movimiento de las ideas, en la marcha de los sucesos, influirás no como católico sino corno liberal, y aun á pesar tuyo serás un satélite que no podrás menos de moverte dentro la órbita general en que gira el Liberalismo. ¡Y todo por una palabra! ¡Vea V., no mas que por una palabra! Sí, amigo mío. Esto sacarás de llamarte liberal, y de llamar liberal a tu periódico. Desengáñate. El uso de la palabra te hace casi siempre y en gran parte solidario de lo que se ampara a su sombra. Y lo que a su sombra se ampara, ya lo ves y no me lo has podido negar, es la corriente racionalista. Escrúpulo tendría yo, pues, en mi conciencia de aceptar esta solidaridad con los enemigos de Jesucristo.

Vamos a otra reflexión. Es también indudable que de los que leen tus periódicos y oyen tus conversaciones, pocos están en el caso de poder hilar tan delgado como tú en materia de distinciones entre Liberalismo y Liberalismo. Es, pues, evidente que, una gran parte tomara la palabra en el sentido general. y creerá que la empleas en igual sentido. Tú no tendrás esta intención, pero contra tus intenciones producirás este resultado, adquirir adeptos al error racionalista. Dime ahora, pues, ¿sabes lo que es escándalo? ¿sabes. lo que es inducir al prójimo en error con palabras ambiguas? ¿Sabes lo que es, por cariño más o menos justificado a una palabra, sembrar dudas, desconfianzas, hacer vacilar en la fe a las inteligencias sencillas? Yo, a fuer de moralista católico, veo en esto materia de pecado, y si no te abona una suma buena fe o algún otro atenuante, materia de pecado mortal.

Óyeme una comparación. Sabes que ha nacido en nuestros días una secta que se llama de los viejos católicos. Ha tenido la humorada de llamarse así, y paz con todos. Haz cuenta, pues, que yo, que por la gracia de Dios, aunque pecador, soy católico, y por añadidura soy de los más viejos porque mi catolicismo data del Calvario y del Cenáculo de Jerusalén, que son fechas muy viejas, haz cuenta, digo, que fundo un periódico más o menos ambiguo, y le llamo con todas las letras *Diario viejo católico*. ¿Diré mentira? No, por que lo soy en el buen sentido de la palabra. Pero ¿a qué, me dirás tú, adoptar un título malsonante que es divisa de un cisma y que dará lugar a que crean los incautos que soy cismático y a que tengan un alegrón los *viejos católicos* de Alemania, creyendo que en Barcelona les ha nacido un nuevo cofrade? ¿A qué, me dirás, escandalizar a los sencillos? Pero, yo lo digo en buen sentido. -Es verdad, pero ¿no sería mejor no dar lugar a que se crea que lo dices en sentido malo?

He aquí, pues, lo que diría yo a quien se empeñase en sostener todavía como inofensivo el dictado *liberal*, que es objeto de tantas reprobaciones por parte del Papa, y de tanto escándalo por parte de los verdaderos creyentes. ¿A qué hacer gala de títulos que necesitan explicación? ¿A qué suscitar sospechas que luego hay que apresurarse á desvanecer? ¿A qué contarse en el número de los enemigos y hacer gala de su divisa, si en el fondo se es de los amigos?

¡Que las palabras, dices, no tienen importancia! Más de lo que te figuras, amigo mío. Las palabras vienen a ser la fisonomía exterior de las ideas, y tú sabes cuán importante es a veces en un asunto su buena o mala fisonomía. Si las palabras no tuviesen importancia alguna, no cuidarían tanto los revolucionarios de disfrazar al Catolicismo con feas palabras; no andarían llamándole a todas horas oscurantismo, fanatismo, teocracia, reacción, sino pura y sencillamente *Catolicismo*; ni harían ellos por engalanarse a todas horas con los hermosos vocablos de libertad, progreso, espíritu del siglo, derecho nuevo, conquista de la inteligencia, civilización, luces, etc., sino que se dirían siempre con su propio y verdadero nombre *Revolución*. Lo mismo ha pasado siempre. Todas las herejías han empezado por ser juego de palabras, y han acabado por ser lucha sangrienta de ideas. Y algo de esto debió ya de pasar en tiempo de San Pablo, o previó el bendito Apóstol que pasaría en los tiempos futuros, cuando dirigiéndose a Timoteo (I ad Tim. VI, 20). le exhorta a vivir prevenido no sólo contra la falsa ciencia, *oppositíones falsi nominís scientiæ*, sino contra las simples novedades en expresión o palabra, Profanas *vocum novitates*. ¿Qué diría hoy el Doctor de las gentes si viese a ciertos católicos. adornarse con el adjetivo de liberales, en oposición a los que se llaman simplemente con el apellido antiguo de la familia, y desentenderse de las repetidas: reprobaciones que sobre esta *profana novedad de*

palabra ha lanzado con tanta insistencia la Cátedra apostólica? ¿Qué diría al verles añadir a la palabra inmutable *Catolicismo* ese feo apéndice, que no conoció Jesucristo ni los Apóstoles, ni los Padres, ni los Doctores, ni ninguno de los maestros autorizados que constituyen la hermosa cadena de la tradición cristiana?

Medítalo, amigo mío, en tus intervalos lúcidos, si alguno te concede la ceguedad de tu pasión, y conocerás la gravedad de lo que a primera vista te parece mera cuestión de palabras. No, no puedes ser católico-liberal, ni puedes llamarte con este nombre reprobado, aunque, por medio de sutiles cavilaciones llegues a encontrar un medio secreto de conciliarlo con la integridad de la fe. No; te lo prohíbe la caridad cristiana, esa santa caridad que estás a todas horas invocando y que, según comprendo, es en ti sinónima de la tolerancia revolucionaria. Te lo prohíbe la caridad, porque la primera condición de la caridad es que no haga traición a la verdad; que no se convierta, como ha dicho un ilustre autor, en barricada contra ella; que no sea un lazo para sorprender la buena fe de tus hermanos menos avisados. No, amigo mío, no; no puede llamarte liberal.

IX.

Pero las circunstancias engendran a veces terribles compromisos: quiérase o no, hay que seguir en algo la moda y no hacerse el intransigente.

Te comprendo, amigo mío; invocas el sublime recurso de las circunstancias, último argumento a que suelen apelar todas las causas perdidas. ¿Sabes lo que significa ese tu reparo, si le presentamos descarnado y en toda su desnudez? Significa lo siguiente: «Amigo mío, hoy el mundo anda dividido en dos campos que se hacen cruelísima guerra: la Revolución y el Catolicismo. Decidirse por uno u otro tiene grandes inconvenientes, la seguridad personal, el empleo, la reputación mundana, los intereses del periódico. Porque es claro, si le llamo simplemente católico a mi diario y escribo en él rigurosamente como católico, me van a dejar la suscripción los revolucionarios; si le llamo simplemente liberal y le pongo todo en consonancia con este apellido, me lo van a dejar de rondón los católicos. Esto es grave. Las *circunstancias* me imponen, pues, otra línea de conducta. Viviré en la frontera de los campos opuestos, y procuraré tener un pie siempre en cada campo. Mi periódico. será como uno de esos mojones que señalan la línea divisoria entre dos naciones. En una cara del mojón habrá el escudo con las armas de Cristo, en la otra el escudo con las armas de Satanás. Y me dirán los revolucionarios: «¡Vaya allá el neo y el católico!» Y les diré yo: «Es cierto, señores míos, soy católico, pero pertenezco a la gran familia liberal». Y me dirán luego los católicos: «Sospechamos de ti que eres revolucionario». Y les diré yo con calma: «Soy liberal, en efecto, amados hermanos en el Señor; pero pertenezco al gremio de mi amantísima Madre la Iglesia católica».

¿He adivinado o no tu pensamiento, amigo mío? Paréceme que sí, según el mal gesto que pones. Sépaslo, pues. No es posible ante Dios ese dualismo de la conciencia, por más que sea muy cómodo a veces ante los hombres; ni gobiernan en este asunto las circunstancias, sino la lógica y la ley de Dios. Si Cristo y sus Apóstoles y sus Mártires hubiesen debido tener en cuenta las circunstancias, aun estaría por fundarse la Iglesia católica. ¡Aquellas sí que eran circunstancias, válgame el cielo! No se trataba de mal quistarse con unos cuantos amigos, sino de ser declarado enemigo del género humano; ni iban a perderse en el cumplimiento del deber algunas subscripciones, sino la cabeza propia. Y no obstante, a pesar de las circunstancias, se hizo la oposición a todo el género humano, y los cristianos saliéronse con la suya. ¡Intransigentes! ¡intolerantes! Es verdad, sí, intransigentes como el deber, que es la intransigencia misma, Intolerantes como la verdad, que es la misma intolerancia. Y quien estos principios no profese podrá llamarse lo que quiera, pero no católico. Ese es el espíritu que resplandece en todas las páginas de la Iglesia, ése es el que ha formado en todos tiempos los héroes de la fe, ése es el que ha dictado al gran. Pío IX su invencible *Non possumus*. Déjate, pues, de circunstancias, que las más veces no son sino conveniencias. Y éstas valdrán muy poco ante el tribunal de Dios.

X.

Una palabra no más. ¿Y estáis vos también por esta prensa mal llamada religiosa que con sus excesos o intemperancias acarrea tantos daños a la Religión aparentando defenderla contra el Liberalismo? ¡Sería cosa de ver!

Lo que sería cosa de ver, amigo, fuera que hubiese un católico leal que estuviese contra ella. Que declame la Revolución contra el periodismo católico, se concibe, pues ahí le duele. Pero que se haga eco de

tales declamaciones un católico como tú, no lo comprendería si no estuviese viendo rato ha tu inexplicable ceguedad.

Ahora bien. Pongamos la cuestión en términos claros y formales.

Es lícita la defensa de la Religión desde el periódico exclusivamente religioso. Esta es la forma de la polémica en el día, y es forzoso adoptarla. La Revolución quisiera sin duda que escribiésemos sobre cada cuestión diaria sendos tomos en folio, segura de que tales tomos no fueran leídos. Ahora, como el periódico lo lee todo el mundo, ahí está la razón de las invectivas contra el periódico. Y escucha, más. Si por nuestras razones particulares hubiésemos desdeñado esta forma de discusión, se nos hubiera echado en cara que no queríamos descender al terreno propio del siglo, que en odio a las luces odiábamos la institución de la prensa periódica, que no sabíamos movernos de las armas anticuadas de la Edad media. Hoy hemos adoptado el armamento de nuestros enemigos, y se nos echa en cara esto como crimen de lesa Religión, como si ellos más que nosotros celasen por su honra. ¡Qué perversidad! i Qué hipocresía!

Óyeme, pues. La verdad puede ser defendida hasta por un periódico, ¿estás? Y el interés de la verdad está en que cada día aumente el número de estos, defensores guerrilleros. Los grandes controversistas católicos, los autores de obras magistrales, vienen a ser la artillería gruesa de nuestro. Ejército, que dispara de vez en cuando algún cañonazo para destruir las aparatosas fortificaciones del enemigo. La prensa periódica viene a ser la fusilería que al amparo de los fuegos de la artillería, y aprovechando la brecha que ésta abre en las obras enemigas, se lanza al combate parcial y de avanzadas, atacando, cuerpo a cuerpo, cansando con repetidos escarceos, explorando, el campo, reconociendo y obligando a contestar al *quién vive* a los sospechosos, etc., etc. Es, en fin, un ejército movilizado, excelente mientras no se separe, que nunca lo hará, de la voz del general en jefe. Lo repito. Por esto le aborrece en tanto grado el enemigo... Esto por lo que toca a la prensa exclusivamente religiosa.

¿Y por lo que toca a la prensa político-religiosa? Aquí te parecerá que tienen alguna razón nuestros adversarios: en efecto; aquello tan manoseado de que tales periódicos confunden la religión con la política es realmente un cargo atroz. Ya verás, no obstante, a qué queda reducido.

La política es una ciencia como otra. Y puede tratarse de política en orden a la fe:

O con criterio contrario,

O con criterio indiferente,

O con criterio favorable.

Si lo primero, el periódico será político anticatólico franco, y por lo tanto, dicho se está que será cosa mala.

Si lo segundo, será también anticatólico, A pesar de su pretendida neutralidad, porque esta neutralidad es ya de sí anticatólica, conforme a la proposición XIV del *Syllabus* condenada: *Philosophia tractanda est nulla supernaturalis habita ratione*. Proposición que coge de lleno a la política, que es un ramo especial de la filosofía.

Si lo tercero, será político-católico, es decir, tratará y resolverá las cuestiones políticas, juzgará los acontecimientos, apreciará las personas y las cosas según su conformidad o disconformidad con las enseñanzas de la fe. Que es precisamente lo que hace la tan maldecida prensa político-religiosa. De suerte que después de: tanta declamación y de tanto ultraje sacamos en limpio que no sólo es lícito el periodismo político-religioso, sino que en cierto modo es entre los político el único lícito y el único permitido por lo ley de Dios. Repasa si quieres la precedente argumentación.

Extraño se me hace que tantos católicos, llevados de su encono a las cosas católicas, lancen así tan sin ton ni son anatemas sobre la prensa político-católica, cuando ha sido objeto de repetidos Breves gratulatorios de Pío IX. Entre ellos únicamente recordamos ahora los dirigidos a los excelentes periódicos *L'Univers* de París, *La Unitá Cattolica* de Tuy y *El Pensamiento español* de Madrid. ¿Qué mas? Sabido es que *La Civiltá Cattolíca* fue fundada por iniciativa especial del Sumo Pontífice, y por él encomendada a los Padres Jesuitas con Breve también especial. Ahora bien. *La Cíviltá* es un periódico, no solo religioso, sino político religioso, y por cierto que al hacer reseña mensual de los acontecimientos políticos del mundo lo hace con singular desenfado a la par que con reconocida profundidad. ¿Quién se atreverá ahora a censurar corno perjudicial la prensa político-religlosa? ¿Quién? Vea V. ¿quién había de ser? El católico-liberal. Naturalmente se comprende. Como a él le pica la mostaza...

«¡Pero, sus Intemperancias!» Es verdad, no negaremos que los redactores católicos suelen ser hombres en carne mortal y no ángeles en forma humana; pueden por lo mismo tener su viveza de genio, y estimulados por la caridad con que suelen tratarles sus enemigos, especialmente los católico-liberales, echar alguna vez,

como se dice, la capa al toro y caer en alguna fragilidad. No la aplaudimos, ni siquiera tratarnos de excusarla. Pero el que en esto se halle sin pecado lance la primero piedra. Sí. amigo mío, tú mismo que tanto recomiendas la moderación y la caridad, discutes a menudo con tus adversarios no con razones sino con salivazos y puntapiés, y eres el veuillotista mas acerbo cuando por algún accidente acierta a subírsete la mosca a las narices, que es muy frecuente. Basta, pues, si no quieres que te lo pruebe con mil citas textuales. El gran Veuillot, finalmente, a propósito de una reconvención del Papa en que se creyó aludido, fue tan humilde que la insertó en su periódico, la elogió y se declaró comprendido en ella pidiendo perdón a sus adversarios. Nosotros a pesar de que la reconvención del Papa se dirigía a todos, no vimos imitado por los católico-liberales la gloriosa y edificante conducta del feroz Veuillot.

«¡Pero esto de que anden los seglares metidos en cosas de Religión!» Esta especie, amigo mío, te la he oído mil veces en son de ataque contra la prensa católica. No tienes razón con ella, amigo mío; no tienes razón. Precisamente los grandes controversistas de la escuela católico-liberal son casi todos seglares, y hablan y discuten de materias religiosas a su modo con el más gentil desembarazo. Seglar eres tú y casado y padre de familias, y en tus conversaciones y escritos tratas filosófica y teológicamente empeñadas cuestiones de Religión, y lo haces a veces con acierto y provecho. Y desde el principio del Cristianismo hubo seglares que escribieron de Religión, y algunos de ellos a pesar de posteriores extravíos han sido incluídos en la lista de los grandes escritores católicos. Recuerda á Orígenes y Tertuliano, que ciertamente no fueron obispos. No; la polémica católica no está vedada al seglar, como se sujete en ella a las condiciones a que debe también sujetarse el eclesiástico, es decir, a la sumisión a la autoridad de la Iglesia. Recientemente para acabar de desvanecer, amigo mío, tan injustificadas aprensiones, porque en ciertas cosas eres muy aprensivo, tanto como en otras lo eres muy poco, te diré que el Papa acaba de felicitar a Mr. Carlos Perin, catedrático seglar de la Universidad de Lovaina, por una obra suya titulada: *Las leyes de la* sociedad *cristiana*, colmándole de merecidos elogios. Y el tal Carlos Perin no es obispo, amigo mío, sino un buen seglar como tantos otros que a la sombra del Episcopado esgrimen la pluma que Dios les puso en las manos.

También te he oído citar en abono de cierta extraña opinión, nueva en la Iglesia de Dios, ciertos trozos de un Prelado que no nombras, pero que me dices lo fue de Montpeller. No lo dirás por el actual, que no ha escrito lo que tú dices. ¿Lo dirás tal vez por un señor Obispo de Montpeller que dió mucho que decir y aun algo que llorar durante el Concilio Vaticano? A propósito. de éste, sólo te diré yo, que después de su actitud en aquellos días críticos, envióle Dios en su gran misericordia un rayo de luz celestial. Ésta abrió los ojos al desdichado, el cual renunció su mitra con grandes señales de arrepentido. Ya ves, amigo mío, cuán mal haces a la fama de dicho señor y a tu propia buena fe con tu inoportuna cita[9]. Y si más aprietas acabaré por decirte que hasta hoy no sé que haya definido Concilio alguno la infalibilidad individual de cada Obispo; que lo fueron Nestorio y Jansenio, y no obstante nadie los citará en defensa de la doctrina católica. Ítem más. Que tu respeto a los Prelados de la Iglesia de Dios es tan probado que hace poco te he oído insultar groseramente a un Obispo catalán, digno de respeto sea cual fuere su opinión política, del cual has dicho en público si trataba o no de huírse a Francia girando antes allá gruesas sumas, es decir, le has llamado, del modo que suelen los periódicos tabernarios, ladrón público y estafador. Es verdad que respetas mucho, muchísimo a los Prelados de la Iglesia de Dios.

Basta, amigo mío, que se va haciendo larga la conversación, y me escuchas ya con señales de impaciencia. ¡Quiera Dios mover tu corazón y alumbrar tu inteligencia para que le conozcas y ames siguiendo en todo con docilidad la voz de nuestra común Madre, sin rarezas de niño voluntarioso, sin terquedades mujeriles, sin satánicas rebeldías. Mira cuál ha sido la suerte de los amigos de tu juventud, de tus jefes de escuela. Mira con qué fea nota Pasarán a la historia del Catolicismo nombres, brillantes que sin ella fueran tan esclarecidos. Recuerda al infeliz P. Jacinto, ayer astro católico liberal, embrutecido hoy en los lodazales de la lujuria sacrílega. Por allí se empieza, por ahí se acaba. Tal vez para abrir los ojos a tanto incauto ha permitido Dios en sus eternos juicios tan horrenda apostasía. ¡Gran Dios! ¡Desde el púlpito de Nuestra Señora de París a los brazos impúdicos de madame Merrimac! ¡Aprende, católico-liberal!

---

9 Sólo a causa de esta cita nos hemos visto precisados a escribir tales palabras acerca del Obispo de Montpeller. Si escandalizan a algún católico-liberal, la culpa no será nuestra, sino de los que, temiendo siempre el escándalo de los malos, no reparan en escandalizar a los buenos, aduciendo el testimonio de Prelados de la Iglesia en apoyo de sus extrañas e inconvenientes doctrinas. La caridad que tanto se nos predica obliga en este caso a prevenir a los fieles «para que no se deslumbren, como dice Mons. de Segur, por el brillo de ciertos nombres ni por destellos de modernas reputaciones».